

“En tu mano
están mis
tiempos”



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

“En tu mano están mis tiempos”

Nº 2205

Un sermón predicado la mañana del Domingo 17 de Mayo de 1891 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“En tu mano están mis tiempos”. — Salmo 31: 15. ([a](#))

David estaba triste: su vida se había consumido en la aflicción, y sus años en el gemir. Su angustia había agotado sus fuerzas, y aun sus huesos se habían consumido en su interior. Crueles enemigos lo perseguían con maliciosa astucia, hasta el punto de buscar su vida. En tales momentos él utilizaba el mejor recurso que hay para el dolor: pues afirma en el versículo 14: “Mas yo en ti confío, oh Jehová”. No tenía otro refugio sino el que había encontrado en su fe en el Señor su Dios.

Si los enemigos lo denigraban, él no devolvía injuria por injuria; si tramaban quitarle su vida, no enfrentaba a la violencia con violencia; sino que, sosegadamente, confiaba en el Señor. Sus enemigos corrían de un lado al otro, usando todo tipo de redes y trampas para convertir al hombre de Dios en su víctima; pero él enfrentó todas sus maquinaciones con la sola defensa simple de la confianza en Dios.

Muchos son los dardos de fuego del maligno, pero nuestro escudo es uno. El escudo de la fe no sólo apaga los dardos de fuego, sino que quiebra las flechas de acero. Aunque las jabalinas del enemigo fueran sumergidas en el veneno del infierno, nuestro único escudo de fe nos guardaría incólumes, desviándolas de nosotros. Así David tenía el recurso de la fe en la hora del peligro. Noten bien que él expresó un glorioso derecho, el mayor derecho que un hombre haya argumentado jamás: “Digo: Tú eres mi Dios”.

Quien pueda decir: “este reino es mío,” reclama un derecho a ser rey; quien pueda decir: “este monte de plata es mío,” reclama un derecho a las riquezas; pero quien pueda decir al Señor: “Tú eres mi Dios,” ha dicho más de lo que todos los monarcas y los millonarios pudieran alcanzar.

Si este Dios es tu Dios por Su don de Sí mismo a ti, ¿qué más podrías tener? Si Jehová ha sido hecho tuyo mediante un acto de la fe apropiadora, ¿qué más podría concebirse? No tienes al mundo, pero tienes al Hacedor del mundo, y eso es mucho más. No hay forma de medir la grandeza del tesoro de aquel que tiene a Dios como su todo en todo.

Habiendo tomado así el mejor recurso al confiar en Jehová, y habiendo pronunciado el mayor argumento al decir: “Tú eres mi Dios”, el Salmista se detiene ahora en una antigua doctrina grandiosa, una de las doctrinas más maravillosas jamás reveladas a los hombres.

Canta: “En tu mano están mis tiempos”. Esto es para él un hecho sumamente alentador: no tenía temor de sus circunstancias, pues todas las cosas están en la mano divina. No estaba acorralado por la mano del enemigo, pues su pie estaba en una habitación espaciosa, pues se encontraba en un espacio lo suficientemente grande para el océano, viendo que el Señor lo había colocado en el hueco de Su mano. Estar enteramente a la disposición de Dios es vida y libertad para nosotros.

La gran verdad es esta: todo lo que concierne al creyente está en las manos del Dios Todopoderoso. “Mis tiempos”, estos cambian y mutan; pero sólo cambian de acuerdo con el amor inmutable, y se mudan sólo de acuerdo al propósito de Uno en el que no hay mudanza, ni sombra de variación. “Mis tiempos”, es decir, mis altibajos, mi salud y mi enfermedad, mi pobreza y mi riqueza; todas estas cosas están en la mano del Señor, que arregla y asigna, de conformidad a Su santa voluntad, la prolongación de mis días, y la oscuridad de mis noches. Las tormentas y las calmas hacen variar las estaciones según el señalamiento divino. Si los tiempos son alentadores o tristes, a Él corresponde decidirlo, que es Señor tanto del tiempo como de la eternidad; y nos alegra que así sea.

Asentimos con el enunciado: “En tu mano están mis tiempos”, en cuanto a sus resultados. Cualquier cosa que resulte en nuestra vida, está en

la mano de nuestro Padre celestial. Él guarda la vid de la vida, y protege también los racimos que serán producidos en ella. Si la vida fuera como un campo, el campo está bajo la mano del grandioso Labrador, y la cosecha de ese campo depende de Él.

Los resultados finales de Su obra de gracia en nosotros, y de Su educación de nosotros en esta vida, están en la mejor mano. No estamos en nuestras propias manos, ni en manos de maestros terrenales, sino que estamos bajo la diestra operación de las manos que no hacen nada en vano. El término de la vida no es decidido por el filoso cuchillo de las parcas, sino por la mano del amor. No moriremos antes del tiempo que nos corresponda, ni seremos olvidados ni dejados en el escenario por demasiado tiempo.

No solamente estamos nosotros mismos en la mano del Señor, sino todo lo que nos rodea. Nuestros tiempos forman un tipo de atmósfera de la existencia; y todo esto está bajo un orden divino. Moramos en el hueco de la palma de la mano de Dios. Estamos absolutamente a Su disposición, y todas nuestras circunstancias son ordenadas por Él en todos sus detalles. Nos consuela que así sea.

¿Cómo llegaron a estar los tiempos del Salmista en la mano de Dios? Debo responder, primero, que estaban allí en el orden de la naturaleza, de conformidad al eterno propósito y decreto de Dios. Todas las cosas son ordenadas por Dios, y son establecidas por Él, de conformidad a Su sabia y santa predestinación. Cualquier cosa que ocurra aquí, no ocurre por azar, sino de acuerdo al consejo del Altísimo. Los actos y las acciones de los hombres aquí abajo, aunque son dejados enteramente a sus propias voluntades, son la contraparte de lo que está escrito en el propósito del cielo.

Los actos visibles de la Providencia aquí abajo, concuerdan exactamente con lo que está escrito en el libro secreto, que ningún ojo de hombre o de ángel escudriñó todavía. Este propósito eterno controló nuestro nacimiento. “En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas”. En Su libro cada pisada de cada criatura es registrada antes de que la criatura sea formada. Dios ha delineado la senda a seguir por cada persona que atraviesa las llanuras de la vida. Algunos podrían dudar de esto; pero todos están de acuerdo en que

Dios ve con anticipación todas las cosas; y ¿cómo podrían ser vistas anticipadamente con certeza a menos que ocurran con certeza? No es un consuelo insignificante para un hombre de Dios que sienta que, por ordenamiento divino y sagrada predestinación, sus tiempos están en la mano de Dios.

Pero los tiempos de David estaban en la mano de Dios en otro sentido; es decir, que por fe los había confiado todos a Dios. Observen cuidadosamente el quinto versículo: “En tu mano encomiendo mi espíritu; Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad”. Nosotros usamos en vida las palabras que el Señor usó tan pacientemente en la muerte: ponemos nuestros espíritus en la mano de Dios. Si nuestras vidas no fuesen determinadas por el cielo, desearíamos que lo fuesen. Si no hubiere una Providencia gobernante, imploraríamos una. Quisiéramos fusionar nuestras propias voluntades a la voluntad del grandioso Dios, y clamar: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú”.

Sería una perspectiva espantosa para nosotros que algún punto de la historia de nuestra vida fuese dejado al azar, o a las frivolidades de nuestra propia imaginación; pero con jubilosa esperanza nos apoyamos en la eterna presciencia y en la sabiduría infalible de Dios, y clamamos: “El nos elegirá nuestras heredades”. Le rogaríamos que tomara en Su mano nuestros tiempos, aun si no estuvieran.

Además, amados hermanos, nuestros tiempos están en las manos del Señor, porque somos uno con Cristo Jesús. “Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”. Todo lo que concierne a Cristo toca el corazón del grandioso Padre. Él tiene en mayor estima a Jesús que a todo el resto del mundo. De aquí se sigue que cuando nos volvemos uno con Jesús, nos convertimos en objetos conspicuos del cuidado del Padre. Nos toma en la mano por amor de Su amado Hijo. Quien ama a la Cabeza ama a todos los miembros del cuerpo místico.

No podemos concebir que el amado Redentor esté jamás fuera de la mente del Padre; tampoco puede quedar alguno de nosotros —los que estamos en Cristo— fuera del cuidado activo y amoroso del Padre: nuestros tiempos están siempre en Su mano. Todos Sus eternos propósitos obran para la glorificación del Hijo, y con la misma certeza obran conjuntamente

para el bien de aquellos que están en Su Hijo. Los propósitos que conciernen a nuestro Señor y nos conciernen a nosotros están de tal manera entrelazados, que no pueden separarse nunca.

Que nuestros tiempos estén en la mano de Dios ha de significar, no solamente que están a la disposición de Dios, sino que están ordenados por la más eminente sabiduría. La mano de Dios nunca yerra; y si nuestros tiempos están en Su mano, esos tiempos están ordenados rectamente.

No necesitamos enredar nuestros cerebros para entender las dispensaciones de la Providencia: un curso más fácil y más sabio está abierto para nosotros; es decir, creer que la mano del Señor obra todas las cosas para lo mejor.

¡Quédate tranquilo, oh hijo, a los pies de tu grandioso Padre, y deja que haga lo que le parezca bien! Cuando no puedas comprenderlo, debes recordar que un bebé no puede entender la sabiduría de su progenitor. Tu Padre comprende todas las cosas, aunque tú no puedas: que Su sabiduría te baste. Podemos dejarlo todo allí sin ansiedades, puesto que está en la mano de Dios; y está donde será realizado hasta una conclusión exitosa. Las cosas que están en Su mano prosperan. “En tu mano están mis tiempos,” es una garantía que nadie puede perturbarlos, o pervertirlos o envenenarlos. En esa mano descansamos tan seguramente como descansa un bebé sobre el pecho de su madre.

¿Dónde podrían estar tan bien asegurados nuestros intereses como en la mano eterna? ¡Qué bendición es ver, por el ojo de la fe, que todas las cosas que les conciernen están asidas por la mano de Dios! ¡Qué paz fluye dentro del alma, en cuanto a todo asunto que pudiera causar ansiedad, cuando vemos todas nuestras esperanzas construidas sobre un cimiento tan estable, y preservadas por un poder tan supremo! “¡En tu mano están mis tiempos!”

Antes de adentrarme en el tema, para mostrar la dulzura de esta confianza, ruego a cada cristiano aquí presente que lea el texto, y lo tome en el modo singular, y no como lo acabamos de cantar:

En tu mano están nuestros tiempos,
Cualesquiera que ellos sean,

Agradables o dolorosos, oscuros o brillantes,
Como mejor te parezca que sean.

Encontramos la forma singular en el salmo: “En tu mano están mis tiempos”. Esto no excluye que el cuerpo entero de los santos goce juntamente de esta seguridad; pero, después de todo, la verdad es más dulce cuando cada persona prueba por sí misma su sabor.

Vamos, que cada individuo se aplique esta doctrina del supremo ordenamiento de Dios, y crea que es verdadera en cuanto a su propio caso, “En tu mano están mis tiempos”.

Las alas del querubín me cubren. El Señor Jesús me amó, y se entregó por mí, y mis tiempos están en esas manos que fueron clavadas a la cruz para mi redención. ¿Cuál será el efecto de tal fe, si es clara, personal y duradera? Este será nuestro tema en este momento. ¡Que el Espíritu Santo nos ayude!

I. Una clara convicción de que nuestros tiempos están en la mano de Dios FORMARÁ EN NOSOTROS UN SENTIDO DE LA CERCANÍA DE DIOS. Si la mano de Dios está puesta sobre todos nuestros alrededores, Dios mismo está cerca de nosotros. Nuestros padres puritanos caminaban más fácilmente con Dios porque ellos creían que Dios ordenaba todo en sus asuntos diarios y en su vida doméstica; y le vieron en la historia de la nación, y en todos los eventos que acontecían.

La tendencia de esta época es alejarse más y más de Dios. Difícilmente los hombres toleran ahora a un Creador, y afirman que todo proviene de la evolución. Poner a Dios un paso más atrás es la ambición de la moderna filosofía; en cambio, si fuésemos sabios, deberíamos esforzarnos por eliminar todos los obstáculos, y dejar libre un canal de comunicación para acercarnos más a Dios y para que Dios se acerque más a nosotros. Cuando vemos que en Su mano están todos nuestros caminos, sentimos que Dios es real y está cerca.

“En tu mano están mis tiempos”. Entonces nada es dejado al azar. Los eventos no les acontecen a los hombres por causa de una suerte que no tiene en sí orden ni propósito. “La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es

la decisión de ella”. La suerte es una idea pagana que ha sido derribada por la enseñanza de la Palabra, así como el arca derribó a Dagón, y lo despedazó.

Bienaventurado es el varón que ha terminado con el azar, que no habla nunca de la suerte, sino que cree que, desde la menor hasta la mayor, todas las cosas son ordenadas por el Señor. No nos atrevemos a dejar fuera al evento más insignificante. Un insecto que se arrastra sobre el capullo de una rosa es tan verdaderamente ordenado por el decreto de la Providencia, como el progreso de una plaga a través de una nación.

Crean esto; pues si lo mínimo es omitido por el gobierno supremo, de igual manera podría ser lo siguiente, hasta que no quedara nada en la mano divina. No hay lugar para el azar, puesto que Dios llena todas las cosas.

“En tu mano están mis tiempos” es una seguridad que también pone un fin a la torva idea de un destino férreo que fuerza todas las cosas. ¿Tienen la idea de que el destino da vueltas como una enorme rueda, aplastando cruelmente todo lo que encuentra en su camino, sin hacer pausas por piedad, sin hacerse a un lado por misericordia? Recuerden que, si comparan a la Providencia con una rueda, debería ser una rueda que está llena de ojos. Cada uno de sus giros es en sabiduría y bondad.

El ojo de Dios no deja nada a ciegas en la providencia, sino que llena todas las cosas con vista. Dios establece todas las cosas de acuerdo a Su propósito; pero luego Él mismo las hace. Allí radica toda la diferencia entre la solitaria maquinaria del destino prefijado, y la presencia de un Espíritu lleno de gracia y amoroso, que gobierna todas las cosas. Las cosas efectivamente ocurren según Él las planea; pero Él mismo está allí para hacer que sucedan, y para moderar, y guiar, y asegurar los resultados.

Nuestro grande gozo no es: “Mis tiempos están en la rueda del destino”, sino “En tu mano están mis tiempos”. Con un Dios vivo y amoroso que gobierna todas las cosas, nos sentimos en casa, descansando cerca del corazón de nuestro Padre.

“En tu mano están mis tiempos”. ¿Acaso no revela esto la condescendencia del Señor? Él tiene a todo el cielo para adorarle, y a todos

los mundos para gobernarlos; y, sin embargo, “mis tiempos” —los tiempos de una persona tan insignificante e indigna como yo— están en Su mano. Ahora, ¿qué es el hombre para que esto sea así? ¡Maravilla de maravillas, que Dios no solamente piense en mí, sino que mis preocupaciones las convierta en Sus preocupaciones, y tome mis asuntos en Su mano! Él tiene en Su mano a las estrellas, y, sin embargo, nos pone allí. Se digna tomar en Su mano los intereses pasajeros de oscuros hombres y de humildes mujeres.

Amados, Dios está cerca de Su pueblo con todos Sus atributos; Su sabiduría, Su poder, Su fidelidad, Su inmutabilidad; y todos ellos están bajo juramento de obrar para el bien de quienes ponen su confianza en Él. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

Sí, Dios considera nuestros tiempos, y piensa en ellos; planea con Su corazón y Su alma hacernos bien. Esa mente augusta, de la que brotan todas las cosas, se inclina a nosotros; y esas alas eternas, que cubren el universo, se ciernen sobre nosotros y sobre nuestra casa, y nuestras diarias necesidades y aflicciones.

Nuestro Dios no se sienta como un espectador distraído de nuestros pesares, tolerando que seamos arrastrados como objetos sin dueño por las aguas de las circunstancias, sino que se ocupa activamente y en todo momento de la defensa y perfeccionamiento de Sus hijos. Nos guía para conducirnos al hogar, al lugar donde Su rebaño reposará para siempre.

¡Qué bienaventuranza es esta! Nuestros tiempos, en todas sus necesidades y aspectos, están en la mano de Dios, y por tanto, Dios siempre nos está cuidando. ¡Cuán cerca de nosotros trae a Dios, y cuán cerca de Dios nos lleva a nosotros! ¡Hijo de Dios, no vayas mañana al campo lamentando que Dios no esté allí! Él bendecirá tu salida. No regreses a casa, a tu aposento, clamando: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!” Él bendecirá tu entrada. No te vayas a la cama, soñando que te has quedado huérfano; ni te despiertes en la mañana con un sentido de soledad sobre ti: no estás solo, pues el Padre está contigo.

¿Acaso no sentirás cuán bueno es que Dios se acerque a ti, y te entregue tu pan y tu agua, y bendiga tu cama y tu mesa? ¿No estás feliz de que se te

permita acercarte tanto a Dios, como para decir: “En tu mano están mis tiempos”? Hay mucho en este primer punto en cuanto a la cercanía del Señor; y si lo volteas, verás más y más claramente que una convicción de que nuestros tiempos están en la mano de Dios, tiende a crear un santo y feliz sentido de la cercanía de Dios para con nosotros.

II. ESTA VERDAD ES UNA RESPUESTA COMPLETA PARA MUCHAS TENTACIONES. Ustedes saben cuán astutamente Satanás apremiará la tentación. Dice: “ahora tienes una gran familia, y tu deber principal es mantenerla. Tu posición trae consigo muchas necesidades. Aquí tienes un plan para hacer dinero; otros siguen ese plan. Tal vez no sea tan recto, pero no debes ser tan quisquilloso en un mundo como este, pues nadie más lo es”.

¿Cómo enfrentarías esto? Si pudieras decirle a Satanás: “no me corresponde a mí la manutención mía o de mi familia: mis tiempos están en la mano de Dios; y Su nombre es Jehová-jireh, ‘Jehová proveerá’; y no haré algo cuestionable, aunque llene mi casa con plata y oro desde el sótano hasta el sombrero de la chimenea. No me entremeteré en los asuntos de mi Señor. Le corresponde a Él proveerme: me corresponde a mí caminar rectamente y obedecer a su Palabra”. Esta es una noble respuesta para el archienemigo.

Pero suponiendo que diga: “bien, pero ya estás metido en dificultades, y no podrías desenredarte si fueras demasiado preciso. Un hombre pobre no puede darse el lujo de mantener una conciencia: es un lujo caro en nuestros días. Dale a tu conciencia unas vacaciones, y pronto podrás salir de tu problema”.

Que tu respuesta sea: “¡oh príncipe de las tinieblas, no es asunto mío desenredarme! En la mano de Dios están mis tiempos. ¡Le he presentado mi caso, y Él actuará por mí en este asunto mejor de lo que yo podría hacerlo! Él no desea que yo haga algo malo, sino que haga lo que Él ha prometido hacer por mí”.

No somos llamados a complementar la sabiduría de Dios con un poco de nuestra propia perversidad. ¡Dios no lo quiera! Haz lo correcto aunque

los cielos se caigan. El Señor que ha tomado tu asunto en Su mano te sostendrá.

“Bien” —dirá alguien— “se nos permite una pequeña política discreta en materia religiosa, y mantener la paz mediante un sabio arreglo. Podemos alcanzar nuestro fin más efectivamente si damos un rodeo. ¡Si pudieras dejar que la verdad espere un poco hasta que se presente el buen clima, y las zapatillas de plata estén de moda, entonces se le ahorraría a la verdad mucha incomodidad!”

Hermanos, no nos corresponde a nosotros escoger y planear los tiempos de esta manera. La causa de Dios está en la mano de Dios, y Dios no quiere que ayudemos a Su causa por medio de una mano transigente puesta sobre Su arca. Recuerden lo que la mano de Uza le acarreó, aunque tenía buenas intenciones. Continuemos firmes en la integridad de nuestro caminar, y encontraremos que nuestros tiempos están en la mano de Dios, y que están bien ordenados, y no necesitan de una intervención apresurada y profana de parte nuestra.

Hermanos, ¿no es acaso algo deleitable que sepamos que aunque nos encontremos en un viaje tormentoso, el propio Señor está al timón? No conocemos el curso del viaje; ni siquiera sabemos nuestra presente latitud y longitud; pero el Piloto sabe todo acerca de nosotros, y también acerca del mar. Será sabio de nuestra parte que no interfiramos en las órdenes de nuestro Capitán. Colocan en alto un aviso en los buques de vapor que dice: “favor de no hablarle al hombre que está al timón”. En nuestra incredulidad, tenemos la gran tendencia a disputar con aquel a quien se le ha confiado el timón de nuestro barco. No lo confundiremos, gracias a Dios; pero a menudo nos enredamos y nos confundimos por nuestras inútiles quejas en contra del Dios vivo.

No, cuando estén tentados a suponer, o a actuar con una prisa desesperada, o a ocultar sus principios, o a hacer algo que no es defendible para ordenar sus tiempos más confortablemente, respondan con un decidido “no”, y digan, “En la mano de Dios están mis tiempos”, y allí los dejaré.

Cuando venga el diablo con sus preguntas sutiles y sus insinuaciones, refiérelo a tu Señor, en cuyas manos están colocados tus tiempos. Cuando

tengas una demanda legal, el lado contrario querrá venir y hablar contigo, para ver si puede obtener algo de ti. Serás sabio si respondes: “si tienes algo que decir, dilo a mi abogado”. Si el diablo viene a ti, y entras en una discusión con él, te ganará; pues él es un abogado muy experto, y ha practicado la profesión durante tantas edades que no podrías ser su rival.

Envíalo a tu Abogado. Refiérelo al Admirable, al Consejero. Ponte siempre al abrigo debajo de este hecho: “En su mano están mis tiempos. He dejado todo el asunto en otro, y no puedo deshonrarle entrometiéndome”. Satanás conoce al Cristo demasiado bien para ir a Él; él ha experimentado el sabor de Su espadón, del “Escrito está”. Él no contendrá con Jesús, si le dejamos que argumente las causas de nuestra alma.

III. En tercer lugar, ESTA CONVICCIÓN ES UNA SUSTENTACIÓN ADECUADA EN CONTRA DEL MIEDO DE LOS HOMBRES. Cuando nuestros enemigos nos caen encima muy duramente, podemos decirnos: “no estoy en sus manos. En Tu mano están mis tiempos”. Aquí hay unos caballeros que nos juzgan y nos condenan con gran rapidez. Dicen: “ha cometido un grave error: es un viejo fanático; él mismo se ha apagado”. Es más fácil decir que hacer eso. La vela brilla todavía. Dicen de ti: “es necio y terco, y en los asuntos religiosos es tan terco como una mula; y lo pasará mal”. No lo has pasado mal todavía de la manera que ellos predicen, y más les vale que no profeticen hasta que lo sepan.

Los piadosos no están en las manos de aquellos que se burlan de ellos. Los perversos pueden crujir los dientes ante los creyentes, pero no podrán destruirlos. En esto radica su consuelo: ellos han confiado su espíritu en la mano de Dios, y Él preservará sagradamente el precioso depósito.

No teman a los juicios de los hombres. Apelen a una corte superior. Lleven el caso al Tribunal Supremo de Justicia del Rey. Acudan al propio Dios con su asunto, y Él emitirá Su sentencia como la luz, y su justicia como el mediodía.

¿Acaso los maliciosos han resuelto aplastarte? Usarán su pequeño poder al grado máximo; pero hay un poder superior que los sujetará. Di gozosamente: “En tu mano están mis tiempos”. ¿Acaso te tratan con desprecio? ¿Se burlan de ti? ¿Qué importa eso? Tu honra no proviene de los

hombres. Su desprecio es el más alto cumplido que los impíos pueden rendirte.

¡Ay, muchas personas profesantes ponen sus tiempos en las manos del mundo! Si prosperan y se enriquecen, ven una oportunidad de ventaja social, y renuncian a sus amigos más humildes para unirse a un grupo más respetable. ¡Cuántas personas dejan de ser fieles porque sus prósperos tiempos no están en la mano de Dios, sino en la suya propia!

Otros, por otro lado, cuando se encuentran en la adversidad, se alejan del Señor. La excusa es: “no puedo ir más a la casa de Dios, pues mis ropas no son tan respetables como solían ser”. ¿Acaso tu pobreza ha de sacarte de las manos de tu Señor? No dejes que eso suceda nunca; sino más bien di: “En tu mano están mis tiempos”. Aférrate al Señor en las pérdidas lo mismo que en las ganancias, y así deja que todos tus tiempos estén con Él.

¡Cuán a menudo nos encontramos con personas que son tambaleadas por la calumnia! Es imposible detener a las lenguas maliciosas. Hieren, e incluso matan las reputaciones de los piadosos. El atribulado grita: “no puedo soportarlo: voy a renunciar a todo”. ¿Por qué? ¿Por qué ceder ante simples palabras? Incluso estas crueles lenguas están en la mano de Dios. ¿No puedes arrostrar sus ataques? Ellos no podrían expresar un solo susurro más allá de lo que Dios permita.

Prosigue tu camino, oh justo, y deja que las falsas lenguas derramen su veneno a su antojo. “Condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio”. Si mis tiempos están en la mano de Dios, nadie puede dañarme a menos que Dios lo permita. Aunque mi alma esté entre leones, ningún león podrá mordirme mientras el ángel de Jehová sea mi guarda.

Este sentimiento de que nuestros intereses están a salvo bajo la más elevada guarda, genera un espíritu independiente. Previene que nos rebajemos delante de los grandes, y que adulemos a los fuertes. Al mismo tiempo, elimina toda tendencia a la envidia; así que no deseamos la prosperidad de los que hacen iniquidad, ni nos impacientamos a causa de los malignos. Cuando uno sabe que sus tiempos están en la mano de Dios, no cambiaría su lugar por el de un rey; es más, ni siquiera por el de un ángel.

IV. Una plena creencia en el enunciado de nuestro texto es UNA CURA PARA LA AFLICCIÓN PRESENTE. ¡Oh Señor, si mis tiempos están en tu mano, yo he puesto mi cuidado sobre Ti, y confío y no tengo miedo! ¿Por qué, hermana mía, te afliges por un asunto que está en la mano de Dios? (Este hábito de afligirse abunda en la agraciada hermandad de mujeres.) Si Él ha tomado a Su cargo lo tuyo, ¿qué motivo tienes para estar ansiosa?

Y tú, hermano mío, ¿por qué quieres interferir en los asuntos del Señor? (Pues hay muchos hombres que están nerviosos e inquietos.) Si el caso está en Su mano, ¿qué necesidad hay para que estés entremetiéndote y clamando? Estabas preocupándote esta mañana, y angustiándote la noche anterior, y ahora estás acongojado, y estarás peor mañana por la mañana.

¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Obtuviste algún bien alguna vez por angustiarte? Cuando no había suficiente lluvia para tu finca, ¿conseguiste que cayera un aguacero por medio de tus preocupaciones? Cuando había demasiada agua, o así lo creías, ¿disipaste las nubes con tu aflicción? Dime, ¿produjiste alguna vez una moneda de plata por preocuparte? Es un negocio que no es rentable.

Acaso me preguntes: “entonces, ¿qué hemos de hacer en tiempos problemáticos?” Vamos, acude a Él en cuya mano has confiado tu persona y tus tiempos. Consulta con la infinita sabiduría por medio de la oración; consuélate con el amor infinito mediante la comunión con Dios. Dile al Señor lo que sientes, y lo que temes. Es mejor diez minutos de oración que un año de murmuración. Aquel que espera en el Señor y pone su carga en Él, puede llevar una vida de reyes: en verdad, será mucho más feliz que un rey.

Dejar nuestros tiempos con Dios es vivir tan libre de preocupaciones como los pájaros en las ramas. Si nos angustiamos, no glorificaríamos a Dios; y no induciríamos a otros a ver lo que la verdadera religión hace por nosotros en la hora de tribulación. La angustia y la preocupación reducen nuestro poder de actuar sabiamente; pero si podemos confiar plenamente en Dios porque todo está realmente en Su mano, estaremos tranquilos, y nuestra acción será resuelta; y por esa precisa razón será sabia con mayor probabilidad. El que deposita su carga sobre el Señor será fuerte para hacer

o para sufrir lo requerido; y sus días serán como los días del cielo en la tierra.

Yo admiro la serenidad de Abraham. No parece estar nunca aturdido, sino que se mueve grandiosamente como un príncipe entre los hombres. Es mucho más que el igual de los hombres más grandes con los que se relaciona: con dificultad vemos a Lot bajo el microscopio una vez que hemos visto a Abraham. ¿Por qué era así Abraham? Porque creía en Dios y no se tambaleaba.

La mitad del gozo de la vida radica en la expectación. Nuestros hijos experimentan un mayor placer cuando esperan un día feriado que cuando llega el propio día. Sucede lo mismo con nosotros. Si creemos que todos nuestros tiempos están en la mano de Dios, esperaremos grandes cosas de nuestro Padre celestial. Si nos encontramos en una dificultad, diremos: “voy a ver ahora las maravillas de Dios, y voy a comprobar otra vez cuán ciertamente libra a los que confían en Él”.

Yo doy gracias a Dios porque he aprendido en algunos momentos a gloriarme en las necesidades, como si abrieran una ventana al cielo para mí, desde la cual el Señor derramará abundantemente Sus provisiones. Ha sido para mí un deleite tan indecible ver cómo el Señor ha provisto mis necesidades para el Orfanato, para el Colegio, y para otras obras, que casi he llegado a desear estar en apuros, para poder ver cómo el Señor responde por mí.

Recuerdo, hace algún tiempo, —cuando año tras año todo el dinero llegaba para las diversas actividades— que comencé a echar de menos aquellos grandiosos días idos cuando el Señor permitió que se secara el arroyo de Querit, y detuvo a los cuervos con su pan y carne, pero luego encontró alguna otra forma de suplir las necesidades de los huérfanos.

En aquellos días, el Señor solía venir a mí, por decirlo así, caminando sobre las cumbres de los montes, hollando de pico en pico, y supliendo mediante obras maravillosas todo lo que me faltaba conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. ¿Saben?, casi quisiera que el Señor detuviera los arroyos y luego me permitiera ver cómo saca agua de la roca.

Hizo eso, no hace mucho tiempo. Los fondos eran muy escasos, y entonces clamé a Dios, y Él me respondió desde Su monte santo. ¡Cuán feliz estaba yo de oír los pasos del siempre presente Señor, respondiendo la oración de Su hijo, y haciéndole saber que sus tiempos estaban aún en la mano de Padre!

En verdad es mejor confiar en el Señor que poner la confianza en el hombre. Es un gozo que vale mundos ser conducido al lugar donde nadie sino el Señor puede ayudarte, y luego ver Su mano poderosa sacándote de la red. El gozo radica principalmente en el hecho de que estás seguro que se trata del Señor, y seguro que está cerca de ti. Este bendito entendimiento de la intervención del Señor nos lleva a gloriarnos en la tribulación. ¿Acaso no es eso una cura para la aflicción, una bendita cura para la ansiedad?

V. En quinto lugar, una firme convicción de esta verdad es UN TIRO DE GRACIA PARA FUTUROS TEMORES. “En tu mano están mis tiempos”. ¿Deseas saber qué te sucederá en un corto tiempo? ¿Quieres atisbar entre las hojas plegadas del futuro? Podrías comprar un periódico barato que te diría la suerte de las naciones de este mismo año. Puedes estar casi seguro que no sucederá nada de lo que es predecido de esa manera; y por tanto, será de poca utilidad para ti. Quédate contento con las profecías de la Escritura, pero no sigas a cada uno de sus intérpretes.

Muchas personas estarían dispuestas a pagar grandes sumas para que se les diera a conocer el futuro. Si fuesen sabias, más desearían que les fuera ocultado. No quieras conocerlo, pues tal conocimiento no respondería a ningún objetivo útil. El futuro tiene el propósito de ser un libro sellado. El presente es todo lo que necesitamos tener delante de nosotros. Haz tu obra del día en su día, y pon el mañana en tu Dios.

Si hubiese formas de leer el futuro, sería sabio rehusar usarlas. El conocimiento generaría responsabilidad, despertaría el miedo, y disminuiría el gozo presente; ¿por qué intentar hacerlo? Mata de hambre a la curiosidad ociosa, y dedica tu fuerza a la obediencia creyente. Puedes estar muy seguro de esto: no hay nada en el libro del futuro que deba causar desconfianza en el creyente. Sus tiempos están en la mano de Dios, y esto los asegura.

La propia palabra “tiempos” supone cambio para ti; pero como no hay cambios en cuanto a Dios, todo está bien. Sucederán cosas que no puedes prever; pero tu Dios ha visto anticipadamente todo, y ha provisto para todo. Nada puede ocurrir sin la permisión divina, y Él no permitirá lo que fuera para tu detrimento real y permanente.

“Me gustaría saber” —dirá alguno— “si voy a morirme pronto”. No albergues ningún deseo en esa dirección: tu tiempo vendrá cuando deba venir. La mejor manera de vivir por encima de todo miedo a la muerte es morir cada mañana antes de que abandones tu aposento. El apóstol Pablo dice: “Cada día muero”. Cuando hubieres adquirido el santo hábito de morir diariamente, te será fácil morir por última vez. Es grandemente sabio estar familiarizado con nuestras últimas horas. Al desvestirte por la noche, practica la solemne escena cuando pondrás a un lado tu túnica de carne. Cuando te vistas por la mañana, anticipa el ser vestido con tu casa que es del cielo en el día de la resurrección.

Tenerle miedo a la muerte es a menudo el colmo de la locura. Un gran profeta corrió una vez muchas millas para escapar de la muerte de manos de una reina despótica. Él era uno de los más intrépidos entre los valientes, y sin embargo, se apresuró a la soledad para escapar de las amenazas de una mujer. Cuando hubo concluido su agotante caminar, se sentó y efectivamente oró: “Quítame la vida”. Era algo muy singular hacer eso: huir para salvar la vida, y luego clamar: “Quítame la vida”. Ese hombre no murió nunca; pues hablamos de Elías, que subió al cielo en un carro de fuego.

Dios no responde a todas las oraciones de Su pueblo, pues Él tiene mejores cosas para ellos de las que piden. No tiembles por lo que tal vez no llegue a ocurrir nunca. Incluso nosotros podríamos no morir nunca; pues está escrito: “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta”. Algunos de nosotros podríamos estar vivos y permanecer a la venida del Señor. ¿Quién lo sabe? ¡He aquí, viene pronto! De todos modos, la muerte no debe preocuparnos, pues está en Sus manos.

VI. Además, una plena convicción de que nuestros tiempos están en Su mano, será UNA RAZÓN PARA UN SERVICIO CONSAGRADO. Si Dios

ha tomado en Sus manos mis asuntos, entonces es muy conveniente que yo asuma los asuntos que Él me asigne.

La reina Isabel quería que uno de los comerciantes más destacados de Londres fuera a Holanda para vigilar sus intereses allá. El honesto hombre le dijo a su majestad que obedecería sus órdenes; pero le suplicó que recordara que implicaría la ruina de su propio negocio si se ausentara. A esto la reina replicó: “si te ocupas de mis asuntos, yo me ocuparé de los tuyos”. Con tal promesa real podía separarse voluntariamente de su negocio; pues la reina tiene bajo su poder hacer más por un súbdito de lo él podría hacer por sí mismo.

El Señor, en efecto, le dice al creyente: “yo voy a tomar tus asuntos en mi mano, y voy a vigilar que se hagan”. ¿Acaso no sentirías de inmediato, que se ha convertido en tu gozo, tu deleite, vivir para glorificar a tu Señor lleno de gracia? Ser dejado en libertad para servir al Señor es la más plena libertad. ¡Cuán hermoso es leer en el libro de Isaías, “Y extranjeros apacentarán vuestras ovejas, y los extraños serán vuestros labradores y vuestros viñadores!” Forasteros harán las faenas penosas por ti, y te dejarán en libertad para un servicio más elevado.

Continúen leyendo y vean: “Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados”. La fe nos libera del deterioro del acerbo cuidado, para que podamos entregarnos enteramente al servicio del Señor nuestro Dios. La fe nos impulsa a vivir exentos de angustia, para servir únicamente al Dios bendito.

Liberados de la carga de las cosas terrenales por el tierno cuidado de Dios para con nosotros, presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo al Señor nuestro Dios. Él no nos ha hecho esclavos ni ganapanes, sino sacerdotes y reyes para Dios.

Estoy seguro, queridos amigos, que si esta verdad saturara plenamente nuestras almas: que nuestros tiempos están en la mano de Dios, haría de nuestras vidas algo más grandioso de lo que jamás serían.

¿Crees que la mano de Dios está obrando contigo y para ti? Entonces eres alzado por encima de las mudas bestias arreadas que te rodean; pues el

Dios del cielo piensa en ti, y pone Sus manos en tus asuntos. Esta conexión con lo divino da muchos ánimos al hombre, y lo eleva a un esfuerzo sostenido, y a una gran fe.

Sentimos que somos inmortales hasta que nuestra obra esté concluida; sentimos que Dios está con nosotros, y que con seguridad saldremos victoriosos por medio de la sangre de Jesús. No seremos derrotados en la campaña de la vida, pues el Señor de los ejércitos está con nosotros, y hollaremos a nuestros enemigos. Dios nos fortalecerá, pues nuestros tiempos están en Su mano; por tanto, le serviremos de todo nuestro corazón y de toda nuestra alma, estando plenamente convencidos de que “nuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

VII. Finalmente, si nuestros tiempos están en la mano de Dios, aquí tenemos UN GRAN ARGUMENTO PARA FUTURAS BENDICIONES. Quien cuida nuestros tiempos cuidará nuestra eternidad. Quien nos ha traído hasta este punto, y ha obrado tan agradadamente para con nosotros, vigilará nuestra seguridad en todo el resto del camino. Yo me maravillo por causa de ustedes, personas mayores, cuando comienzan a dudar. Dirán: “mírate a ti mismo”. Bien, eso hago; y estoy avergonzado de corazón de que alguna vez alguna pajita de desconfianza se hubiera introducido en el ojo de mi fe. Quisiera sacarla a base de llanto, y mantenerla fuera en el futuro.

Aun así, algunos de ustedes son mayores que yo, pues tienen setenta u ochenta años de edad. ¿Por cuánto tiempo más esperas viajar por este desierto? ¿Piensas que cuentas con otros diez años? Dios te ha otorgado Su gracia durante setenta años, y ¿te angustiarás por los últimos diez, que, tal vez, no lleguen nunca? Eso no funciona así. Dios ha librado a algunos de ustedes de tan grandes tribulaciones, que sus pruebas presentes son simples piquetes de pulga.

Sir Francis Drake, después de haber navegado alrededor del mundo, llegó al río Támesis, y cuando pasó por Gravesend se encontró con una tormenta que amenazaba el barco. El valeroso comandante dijo: “¡cómo!, ¿darle la vuelta al mundo con seguridad, para luego ahogarse en una zanja? ¡Nunca!” Nosotros hemos de decir lo mismo. Dios nos ha sostenido en grandes tribulaciones, y no vamos a ser abatidos por pruebas que son comunes a todos los hombres.

Un hombre de energía, si asume completar una obra, la llevará a término; y el Señor nuestro Dios nunca toma a Su cargo algo que no completará. “En tu mano están mis tiempos”, y, por tanto, el fin será glorioso. Señor mío, si mis tiempos estuvieren en mi propia mano, demostrarían ser un fracaso; pero puesto que están en Tu mano, Tú no fallarás, ni tampoco fallaré yo.

La mano de Dios asegura el éxito a todo lo largo del trayecto. En aquel día cuando veamos el tapiz que registra nuestras vidas, veremos allí todas las escenas con un ojo sorprendido; veremos cuánta sabiduría, cuánto amor, cuánta ternura, cuánto cuidado fueron prodigados sobre ellas. Una vez que un asunto está en la mano de Dios, nunca es abandonado ni olvidado, sino que es completado hasta el fin. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

No he sido capaz de predicar sobre este texto como esperaba hacerlo, pues estoy todo dolorido y tengo un gran dolor de cabeza; pero gracias a Dios, no tengo dolor en mi corazón, con tan grandiosa verdad delante de mí. Dulce para mi alma son estas palabras: “En tu mano están mis tiempos”. Adopten esta frase de oro. Guarden esta verdad en su mente. Dejen que se quede sobre su lengua como una oblea hecha con miel. Dejen que se disuelva hasta que toda su naturaleza sea endulzada por ella.

Sí, querida dama anciana, usted que ha salido del hospicio esta mañana para escuchar este sermón, dígame: “En tu mano están mis tiempos”.

Sí, tú, querido amigo, que no puedes encontrar una plaza, y has gastado las suelas de tus zapatos en el vano empeño de buscar una: tú también puedes decir: “En tu mano están mis tiempos”.

Sí, mi querida hermana, que te consumes de tisis, este puede ser tu cántico: “En tu mano están mis tiempos”.

Sí, joven, tú que acabas de comenzar en los negocios, y te has enfrentado a una aplastante pérdida, será para tu beneficio, después de todo; por tanto, di: “En tu mano están mis tiempos”.

Esta pequeña frase, en mi mente, se expande en un himno: produce capullos y florece en un salmo. Pocas son sus palabras, pero poderoso es el sentido, y lleno de descanso.

Ahora, recuerden que no es cualquiera el que puede encontrar miel en este panal. ¡Oh, pecadores, ustedes están en las manos de un Dios airado; y esto es terrible! El Dios contra el cual pecan continuamente, y a quien provocan al rehusar Su gracia, tiene absoluto poder sobre ustedes. Tengan cuidado, ustedes que olvidan a Dios, no sea que los destruya.

Ustedes le han provocado, ofendido y agraviado; pero, sin embargo, tienen esperanza, porque Su misericordia es eterna. Aunque han vejado a Su Santo Espíritu, sin embargo, vuélvanse a Él, y Él tendrá misericordia de ustedes, y los perdonará abundantemente. En verdad están en Sus manos, y no pueden escapar de Él. Si escalaran al cielo, o se sumergieran en el infierno, no estarían fuera de Su alcance. Ninguna fuerza que posean podría resistirle, y ni la velocidad podría rebasarlo.

Sométanse a Dios; y entonces, este grandioso poder de Dios, que ahora les rodea, se convertirá en su consuelo. Al presente debería ser motivo de su terror. Los ojos de Dios están posados sobre ustedes; la mano de Dios está en contra de ustedes; y si no son salvados, un toque de esa mano significaría muerte y destrucción eterna. Esa mano que el creyente besa devotamente, es la mano que bien podrían temer. ¡Oh, que huyeran a Cristo Jesús, y encontraran abrigo de la ira bajo el dosel carmesí de Su preciosa sangre!



(α) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Salmo 31. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Salmos 31

Declaración de confianza

Al músico principal. Salmo de David.

1 En ti, oh Jehová, he confiado; no sea yo confundido jamás;

Líbrame en tu justicia.

2 Inclina a mí tu oído, líbrame pronto;

Sé tú mi roca fuerte, y fortaleza para salvarme.

3 Porque tú eres mi roca y mi castillo;

Por tu nombre me guiarás y me encaminarás.

4 Sácame de la red que han escondido para mí,

Pues tú eres mi refugio.

5 En tu mano encomiendo mi espíritu;

Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad.

6 Aborrezco a los que esperan en vanidades ilusorias;

Mas yo en Jehová he esperado.

7 Me gozaré y alegraré en tu misericordia,

Porque has visto mi aflicción;

Has conocido mi alma en las angustias.

8 No me entregaste en mano del enemigo;

Pusiste mis pies en lugar espacioso.

9 Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy en angustia;

Se han consumido de tristeza mis ojos, mi alma también y mi cuerpo.

10 Porque mi vida se va gastando de dolor, y mis años de suspirar;

Se agotan mis fuerzas a causa de mi iniquidad, y mis huesos se han consumido.

11 De todos mis enemigos soy objeto de oprobio,

Y de mis vecinos mucho más, y el horror de mis conocidos;

Los que me ven fuera huyen de mí.

12 He sido olvidado de su corazón como un muerto;

He venido a ser como un vaso quebrado.

13 Porque oigo la calumnia de muchos;

El miedo me asalta por todas partes,

Mientras consultan juntos contra mí
E idean quitarme la vida.
14 Mas yo en ti confío, oh Jehová;
Digo: Tú eres mi Dios.
15 En tu mano están mis tiempos;
Líbrame de la mano de mis enemigos y de mis
perseguidores.
16 Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo;
Sálvame por tu misericordia.
17 No sea yo avergonzado, oh Jehová, ya que te he
invocado;
Sean avergonzados los impíos, estén mudos en el Seol.
18 Enmudezcan los labios mentirosos,
Que hablan contra el justo cosas duras
Con soberbia y menosprecio.
19 !!Cuán grande es tu bondad, que has guardado para
los que te temen,
Que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los
hijos de los hombres!
20 En lo secreto de tu presencia los esconderás de la
conspiración del hombre;
Los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención
de lenguas.
21 Bendito sea Jehová,
Porque ha hecho maravillosa su misericordia para
conmigo en ciudad fortificada.
22 Decía yo en mi premura: Cortado soy de delante de
tus ojos;
Pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba.
23 Amad a Jehová, todos vosotros sus santos;
A los fieles guarda Jehová,
Y paga abundantemente al que procede con soberbia.
24 Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová,
Y tome aliento vuestro corazón.

Reina-Valera 1960

